













































































sado conllevan aumentos en el consumo presente. Becker y Murphy demuestran que el estado de equilibrio del consumo de productos adictivos es inestable cuando el grado de adicción es muy intenso, es decir, cuando la complementariedad entre el consumo presente y el pasado es fuerte. El consumo aumenta con el tiempo cuando nos situamos por encima de los niveles inestables de equilibrio, y cae a lo largo del tiempo, incluso tal vez hasta la abstinencia, cuando nos situamos en niveles por debajo del nivel inestable de equilibrio.

También demuestran que las personas que descuentan el futuro en mayor medida son más propensas a ser adictos. Otros factores que influyen en la propensión a convertirse en un adicto son los niveles de renta, los sucesos temporales estresantes que estimulan la demanda de productos adictivos y el nivel y pauta de los precios.

Los cambios permanentes en los precios de las drogas pueden tener efectos modestos a corto plazo en el consumo. Y esta puede ser la fuente de la percepción general de que los adictos no responden a cambios en los precios. Pero hemos demostrado que la demanda a largo plazo de las drogas tiende a ser más elástica (es más sensible a cambios en los precios) que la demanda de bienes no adictivos.

Los aumentos futuros anticipados de los precios reducen el consumo presente de drogas porque los consumos en diferentes momentos del tiempo son complementarios (cuando aumenta el uno, aumenta también el otro). Esto implica que cambios temporales en los precios de los bienes adictivos tienen un efecto menor en el consumo presente que cambios permanentes.

Las adicciones muy intensas a fumar, beber y consumir otras drogas normalmente solo se rompen cortando abruptamente el consumo.

La adicción es el mayor reto a la teoría del consumo racional. No solamente los cigarrillos, bebidas alcohólicas y la cocaína

son drogas obvias y evidentes sino que hay toda una gama de bienes de consumo con aspectos adictivos (trabajo, un estatus determinado, musculación...). La teoría del consumo racional explica características muy conocidas de las adicciones y parece que presenta un conjunto más rico de implicaciones adicionales acerca del comportamiento del adicto que otras investigaciones.

Gary Becker también en el artículo «The Market for Illegal Goods: The Case of Drugs» (2006) escrito junto a Kevin M. Murphy y Michael Grossman estudian la elasticidad de las drogas ilegales y se dan cuenta de que la demanda de drogas es bastante rígida, no solamente por el hecho de ser adictivas sino por otros factores que a menudo no se tienen en cuenta como que la mayoría de las drogas son sociales, se comparten y hay presión por parte del grupo para que ninguno abandone, es lo que Becker, Murphy y Grossman llaman «la presión de los pares».

La rigidez de la demanda, es decir, la insensibilidad a cambios en los precios implica que los aumentos en los precios fruto de la prohibición apenas alterará el consumo, el gasto en drogas será mayor y los narcotraficantes se verán beneficiados. Por otro lado, los recursos necesarios para hacer cumplir la prohibición serán mayores.

Mientras que si se legalizan las drogas y se penaliza su consumo mediante un impuesto, independientemente de si sube el consumo o no, los narcotraficantes no se verán beneficiados sino que será el Estado quien ingrese más dinero en sus arcas. La variación en el consumo dependerá de la disminución en el precio debido al fin del monopolio, y el aumento del precio a causa del impuesto. Lo que sí está claro es que ya no será un negocio para mafiosos sin escrúpulos; se podrán firmar contratos, los trabajadores estarán protegidos, los consumidores podrán exigir calidad y no se intoxicarán y habrá un mayor bienestar social. Becker reconoce que habrá parte de los oferentes que evadirán impuestos, pero explica que eso ya sucede con otros bienes como alcohol o tabaco, y que es residual.

Becker considera que aunque la sociedad y los políticos no estén preparados para un cambio radical, sí hay pequeños cambios como la aceptación del consumo de marihuana con fines médicos y cada vez hay más sectores dentro del abanico político que reclama la legalización. Los hechos acontecidos en países como México, Colombia o Perú terminarán por convencer a la sociedad de que hay que acabar con ese monopolio.

El tercer economista relevante que aporta argumentos a favor de la legalización es Thomas Sowell. Él se doctoró en Economía en la Universidad de Chicago en 1968 y, desde 1980, se encuentra vinculado a la Universidad de Stanford a través de The Hoover Institution. Fue galardonado en el año 2002 con la National Humanities Medal.

En su libro *Compassion versus Guilt and other essays* (1987) recopiló artículos de periódicos y ensayos suyos sobre diversos temas sociales. En él encontramos resumida su defensa de la legalización de las drogas. Para Sowell la *cruzada* contra las drogas es una buena manera de hacer política pero no soluciona el problema. Como prueba explica que mientras que las confiscaciones de cocaína eran seis veces mayores que en años anteriores, el consumo se había disparado, y con él, el precio. Expone que los beneficios de las drogas están financiando la corrupción de políticos, agentes de la ley y jueces. Reconoce que las drogas son veneno, pero el alcohol también y la prohibición no sirvió de nada: no se ha descubierto la manera de evitar el alcoholismo a pesar de las desgracias familiares, problemas de tráfico que ocasiona, etc. La mentalidad de «cruzada» para tratar de eliminar los males asociados a determinados hábitos del ser humano a menudo no ha conseguido más que empeorar las cosas.

Las drogas, para Sowell, son un problema individual, pero a la vez es también un problema social, y esto es así por el hecho de ser ilegales. El coste de conseguirlas lleva a muchos adictos a hacer lo que sea para hacerse de ellas por cualquier medio, incluso perjudicando y atacando a terceros. El

alcohol, por el contrario, que es una droga, pero es legal, puede ser costado fácilmente por el consumidor, que sigue siendo un adicto, por desgracia, pero no se ve obligado a robar, asaltar o matar para conseguirlo.

Los «cruzados» no pueden aceptar que no son Dios, que no tienen la capacidad, ni el derecho, ni la competencia para dirigir la vida de los demás.

En los años previos a la prohibición en los Estados Unidos, los ciudadanos particulares se tomaron la justicia por su mano y se dedicaron a destruir litros de alcohol. Aquello no pasó de ser un gesto exhibicionista sin resultados eficaces. Cuando los «cruzados» consiguieron que se aprobara la prohibición legalmente, sobrevino una tragedia nacional: el hampa organizada floreció y la corrupción invadió toda la vida política. Cuando acabó la prohibición, todos aquellos que sacaban beneficio de la prohibición se vinieron abajo. Algunos capos del hampa eran quienes financiaban la defensa de la prohibición porque sabían que sin ella se acabaría el oligopolio. Hoy en día sucede algo parecido.

La legalización de las drogas no es la opción perfecta, desde luego, pero hay que darse cuenta de que el hombre no es siempre capaz de encontrar soluciones para todo. Lo que sí podemos hacer por nuestra sociedad es minimizar los efectos perversos. Es suficientemente trágico que tantas personas destruyan su vida con las drogas, si podemos evitarlo, no es necesario añadir a los miles de inocentes perjudicados o asesinados por adictos que van en busca de dinero.

Como el alcohol, las demás drogas pueden ser reguladas en su composición, o se puede regular la edad necesaria para adquirirlas, o se puede prohibir conducir bajo sus efectos.

Para Sowell, esta es un área en el que también hay que reconocer que los gobiernos tienen sus límites. Ignorarlos no solamente es arrogante sino también peligroso.

## 5. Conclusión

Como queda patente a lo largo de este capítulo, la legalización de las drogas es una solución imperfecta, pero mucho más justa y aceptable que la prohibición, desde diferentes puntos de vista. En primer lugar, desde el punto de vista del comportamiento del individuo, cada cual se hace cargo de sus decisiones en lugar de fomentar una sociedad habituada a vivir de los demás y a descargar las consecuencias de sus actos sobre los hombros del resto.

Por otro lado, las características del mercado de la droga (monopolio territorial) y la poca sensibilidad de las drogas ilegales a los cambios en los precios explican el dominio de las grandes mafias de narcotraficantes y que sean estos los más interesados en que continúe la prohibición, toda vez que se han constituido en grandes cárteles que han corrompido a jueces, políticos y agentes de la ley y han hecho suyo el sistema. Los consumidores se convierten en delincuentes, se ven obligados a comprar a delincuentes y no saben realmente que consumen por las adulteraciones. La prohibición, además, estimula la creación de drogas de diseño cada vez más dañinas.

El resultado de la prohibición es que la estructura de la lucha antidrogas está al servicio de los narcotraficantes más poderosos ya que suponen una enorme barrera de entrada a otros pequeños intermediarios y productores. Cualquier cambio en la estructura de poder da lugar a una verdadera guerra de narcos como lamentablemente sucede en países como México.

Y, finalmente, todo esto repercute en el bolsillo del ciudadano que financia los beneficios de los narcos, los presos, el aparato policial y judicial dedicado a la represión, etc.